

CAPÍTULO 5

Black Lives Matter: racismo estructural e ideología racial en los Estados Unidos del trumpismo

VALERIA CARBONE

El año 2020 ha sido particularmente convulsionado para los Estados Unidos de América en términos de conflictividad social. Desde los episodios que siguieron al asesinato de George Floyd (en Minneapolis, Minnesota) en el mes de mayo, y posteriormente cuando se dio a conocer el de Breonna Taylor (Louisville, Kentucky) hemos sido testigos de la cara más violenta de cotidianos episodios que involucran a afroestadounidenses con la policía.

Se habló de la mayor y más extensa revuelta a nivel nacional desde mediados de la década de 1960, con manifestaciones en todo el país, en el contexto de una acelerada crisis, que se sumó a la desaceleración de la economía que se vive desde mediados del mandato de Trump, con altos índices de desempleo, consecuencia de una situación sanitaria sin precedentes. Sin embargo, como ha destacado el historiador Peniel E. Joseph, «Para la Norteamérica Negra no hay nada particularmente inusual en la muerte de Floyd, a excepción de la repercusión nacional de las secuelas del episodio».^[1]

[1] Peniel Joseph, *Witnesses make a devastating case against Derek Chauvin and a history of injustice*, 1 de abril de 2021, disponible en <<https://edition.cnn.com/2021/03/31/opinions/derek-chauvin-trial-witness-testimony-joseph/index.html>>.

El anterior ciclo de protestas y manifestaciones de esta índole se había producido en 2014, luego de otro episodio de violencia policial. El asesinato de Michael Brown, un afroestadounidense de 18 años, derivó en una oleada de protestas que tuvo como epicentro la ciudad de Ferguson, Missouri. La misma resultó en la popularización del *Black Lives Matter* (BLM), una coalición formada en 2013 por las activistas Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometi luego de la absolución de un guardia de seguridad blanco que asesinó a Trayvon Martin, un estudiante negro de 17 años que visitaba a sus parientes en un barrio privado en el estado de Florida.

Joseph calificó a toda esta generación de Georges y Michaels como «hijos de la rebelión de Watts». Hace ya más de medio siglo, el gueto de Watts (Los Ángeles) estalló en un motín «racial». El mismo escaló a raíz de un enfrentamiento entre la policía y los residentes predominantemente negros del barrio de Watts, ante un caso similar de brutalidad policial y abuso de poder. Producto de condiciones estructurales y contextuales más profundas que contribuyeron al estallido, el mismo se produjo luego de la brutal golpiza que un joven de 21 años, Marquette Frye, y su madre, Rena Price, recibieron luego de que Marquette fuera detenido por «conducir en forma imprudente». Las autoridades impusieron la ley marcial en la ciudad y movilizaron a 21 000 policías y efectivos de la Guardia Nacional. Seis días de enfrentamientos entre ciudadanos negros y la policía concluyeron con 34 muertos, 1 032 heridos, 3 438 detenidos y pérdidas materiales por USD 40 millones.

En el contexto histórico más amplio de la lucha por los derechos civiles de la comunidad negra y pocos días después de la dilatada aprobación de la ley de derecho al voto (1965), el motín en Watts fue un punto de inflexión tanto en el movimiento por los derechos civiles –que por entonces llevaba una década de lucha y protesta en las calles y en el ámbito judicial contra las prácticas más arraigadas de segregación racial–, como durante las rebeliones urbanas de los años 1964-1968. Desde mediados de 1963, se venían sucediendo en distintos puntos del país una serie de motines contra la segregación de facto. En tanto expresiones de la falta de trabajo, de las paupérrimas condiciones de vida y vivienda, pobreza extrema, segregación educativa y residencial, marginación laboral y brutalidad policial,

miles de afroestadounidenses se manifestaron masivamente en todo el país. El punto más álgido se alcanzó durante el «largo y cálido verano» de mediados de 1967, cuando las protestas estallaron en 163 ciudades. Solo los años 1965-1968 promediaron 300 revueltas, más de 50 000 detenidos y 8 000 muertos, la mayoría de ellos a manos de la policía y la Guardia Nacional, siendo las más violentas en Watts, Chicago, Baltimore, Detroit, Newark, Cleveland, Milwaukee y el distrito de Columbia.

Estos sucesos fueron investigados en 1967 por una comisión creada a tal efecto por el presidente Lyndon Johnson. La National Advisory Commission on Civil Disorders (Comisión Kerner) caracterizó estos episodios como «inusuales, irregulares, complejos e impredecibles», espontáneos y sin dirección, que involucraron a afroestadounidenses «actuando contra símbolos institucionales, de autoridad y propiedad de la sociedad blanca en barrios negros».^[2] La comisión concluyó que la causa principal de los violentos motines era el «racismo blanco» inherente a la sociedad estadounidense, la perpetuación de patrones de opresión, segregación y discriminación racial que habían conducido a la falta de oportunidades sociales, económicas y educativas; y a la desesperanza de la vida en los guetos urbanos. El informe concluyó que los Estados Unidos se estaban convirtiendo (si no lo eran ya) en una sociedad bipartita: una negra y pobre, otra blanca y rica, separadas y desiguales. Advirtió que solo a través de una profunda redistribución de la riqueza, la creación de puestos de trabajo, el establecimiento de un salario mínimo digno, la puesta en marcha de planes sociales, de vivienda y educativos, y la eliminación de prácticas discriminatorias sistemáticas en el acceso y promoción del empleo, podría superarse la profunda brecha racial.^[3] Esta conclusión oficializó e institucionalizó no solo los reclamos de un movimiento que durante décadas demandó cambios estructurales, sino el hecho de que los programas sociales gubernamentales no se adecuaban ni eran pertinentes para solucionar los problemas socioeconómicos existentes. Johnson se negó a avalar las conclusiones de la comisión

[2] NACCD [National Advisory Commission on Civil Disorders], *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington DC, 1968, pág. 3.

[3] *Ibidem*.

que él mismo había creado, reunirse con sus miembros o diseñar una política que considerara sus recomendaciones, continuando con un patrón de inacción política que se mantiene hasta hoy. Así, en los años subsiguientes (1968-1972), al menos 960 comunidades negras segregadas fueron testigos de al menos 2 310 motines y levantamientos.

Desde entonces, estos episodios de carácter cíclico se producen como reacción a un sistema que, a pesar de manifestaciones, marchas, protestas, reclamos de diverso carácter e índole y de los «cambios institucionales», se las ingenia para seguir funcionando sin que nada cambie. Así, esto no representa solo la repetición de hechos pasados, sino que es consecuencia de la desidia histórica de las instituciones y del sistema político-económico para abordar el problema de racismo estructural que los Estados Unidos tienen. En este sentido, los acontecimientos de 2020 nos revelan tanto innegables similitudes con aspectos ya vistos en otros períodos de la historia estadounidense, como también particularidades de este momento histórico.

5.1 Similitudes

- 1) Los reclamos contra la violencia y brutalidad policial continúan estando entre las principales demandas del colectivo afroestadounidense. Ya en 1966 el Black Panther Party, inspirado en reclamos de otras organizaciones comunitarias antes que ellos, plantearon en el punto 7 de su *Ten Point Program* la necesidad imperiosa de poner fin a la violencia racial y la represión policial contra los afrodescendientes, hacer valer el derecho constitucional a la autodefensa, y organizar grupos de vigilancia y defensa contra la brutalidad policial.^[4]
- 2) La apelación a formas y estrategias de lucha pacífica, contenidas y reprimidas de manera violenta. La dinámica «movimiento popular basado en el principio de la no violencia contra el racismo, respuesta segregacionista y supremacista del poder y las instituciones» caracterizó la era de los derechos civiles. Incluso el *Black Power*, con sus principios de reivindicación

[4] Valeria Carbone, *Una historia del movimiento negro estadounidense (1968-1988)*, Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2020, pág. 120.

- del orgullo negro, la autodefensa contra los ataques racistas y la autodeterminación, era un postulado en respuesta a la violencia sistémica contra la población negra.
- 3) Violencia y represión como respuestas sistemáticas desde el establishment. La razón: se trata de procesos de movilización y protestas contra el sistema y del orden social. Es decir, la violencia y brutalidad policial es un accionar constante y deviene un detonante típico de procesos de protestas masivas, tanto entonces como ahora. Sin embargo, es importante subrayar que la respuesta represiva es hacia colectivos específicos: negros, latinos, trabajadores, etcétera. Ante grupos que sostienen ese orden (supremacista y/o pro-capitalista) la respuesta no es represiva. Como ejemplo podemos mencionar la inacción hacia las actividades del Ku Klux Klan desde su creación en 1865, hasta el más reciente accionar de grupos de «milicianos» de extrema derecha que protagonizaron desde la invasión a la legislatura de Michigan para protestar, armas en mano, contra la cuarentena tan solo 10 días antes de las protestas por el asesinato de George Floyd^[5] hasta la «toma» del Capitolio, el fatídico 6 de enero de 2021.
 - 4) La romantización actual del «pacifismo» de las protestas de épocas anteriores: no solo figuras como Malcolm X, Stokely Carmichael o Huey Newton fueron vilipendiados por su retórica «radical». El ícono de la resistencia pasiva y la desobediencia civil, Martin Luther King, Jr. fue durante décadas calificado de «agitador», «incitador a la violencia», «infiltrado», «traidor a la causa de los negros» y hasta «comunista». Esto evidencia que el problema de fondo no es la «forma de lucha», sino que la misma existe como cuestionamiento al sistema.
 - 5) «Globalidad» del reclamo: la historia de las protestas por la igualdad racial, se entrelaza con las luchas contra las injusticias raciales a nivel global dadas por los procesos de descolonización y autodeterminación nacional posterior a la

[5] Tom Perkins, «Michigan: rightwing militia groups to protest stay-at-home orders», *The Guardian* (2020), disponible en <<https://www.theguardian.com/us-news/2020/may/13/michigan-rightwing-militia-groups-stay-at-home-protest>>.

Segunda Guerra Mundial, la lucha por los derechos civiles, la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, y el *Black Power*. Entonces y ahora, estos continúan siendo movimientos transnacionales, no simplemente locales o nacionales, contra la injusticia racial y el racismo estructural.

5.2 Diferencias

- 1) «Diversidad» de los manifestantes: las protestas actuales se presentan como «multiétnicas», una característica mayormente ausente en los años sesenta.
- 2) El historiador Thomas Sugrue ha observado que la geografía de la violencia y los saqueos tiene sus particularidades. En el pasado, las protestas y enfrentamientos con la policía se producían principalmente en «barrios negros». Hoy, se inician y/o extienden hacia las partes más afluentes de los centros comerciales urbanos y suburbanos. Si bien para Sugrue es aún difícil comprender completamente la significación de que los manifestantes pinten grafitis que digan *Black Lives Matter* y *Eat the Rich*, sugiere que es posible que «ante el aumento del desempleo y la continua injusticia racial, estemos presenciando algo que es tan viejo como nuevo».^[6] Sin embargo, no creemos que sea difícil comprender la significación simbólica de los objetivos materiales de las protestas. Las mismas están tan cargadas de reclamos raciales como de clase, y ponen de manifiesto cómo ambas categorías y sus muy reales consecuencias, se entrecruzan y determinan mutuamente.
- 3) Ausencia de un liderazgo distintivo: las protestas son mayormente descentralizadas. No hay líderes identificables a nivel nacional, sino múltiples y destacados referentes locales con diferentes criterios y demandas inmediatas a ser satisfechas. Ello complejiza la resolución del conflicto en el corto plazo, en un contexto en el que –como retomaremos más adelante–

[6] Thomas Sugrue, «2020 no es 1968: para entender las protestas actuales, hay que retroceder más», *National Geographic* (2020), disponible en <<https://www.nationalgeographic.es/historia/2020/06/2020-no-es-1968-para-entender-las-protestas-actuales-hay-que-retroceder-mas>>.

la cabeza del gobierno federal, Donald J. Trump, con su retórica incendiaria, peligrosa intransigencia y propensión a la violencia no se caracterizó por bajar el tono del conflicto. Dicho ello, hemos de aclarar que la «horizontalidad» de las manifestaciones no significa que sean «irracionales» o desorganizadas. Todo lo contrario: lo que se ve es la recuperación de formas previas de organización y la implementación de estrategias históricas de lucha, en procesos bien organizados y coordinados, y con claros objetivos en términos políticos.

- 4) Contexto histórico: estas protestas se producen en un particular contexto de recesión económica, acelerada por una crisis sanitaria global sin precedentes, producto de una pandemia que se reveló especialmente perjudicial con aquellos que continuaron sosteniendo el funcionamiento de la economía: los trabajadores del sector servicios, quienes –como destaca Eduardo Bonilla-Silva– son «desproporcionadamente trabajadores de color, aunque uno no lo sabría por las imágenes que circulan en los medios».^[7] Según datos del Centers for Disease Control and Prevention (CDC), son los afroestadounidenses los que tienen mayor riesgo de mortalidad asociada al COVID-19 debido a determinantes sociales de la salud como el nivel socioeconómico, el acceso a la atención médica y la exposición al virus relacionada con la ocupación laboral.^[8] Cuando hacia el mes de abril de 2020 20.5 millones de personas fueron despedidas de sus puestos de trabajo, la tasa de desempleo entre los trabajadores afroestadounidense aumentó un 16.7 %, la más alta desde 2010, mientras que entre hispanos o latinos fue de 18.9 %. Otro dato: según una encuesta realizada ese mismo mes por el Pew Research Center, casi el 61 % de los «hispanos» y el 44 % de los afroestadounidenses dijeron que ellos o alguien en su hogar sufrieron una pérdida de trabajo o salario debido a las consecuencias económicas de

[7] Eduardo Bonilla-Silva, «Color-Blind Racism in Pandemic times», *Sociology of Race & Ethnicity* (2020), págs. 1-12, pág. 3.

[8] NCIRD [National Center for Immunization and Respiratory Diseases], *Center for Disease Control and Prevention*, 2021, disponible en <<https://www.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/covid-data/investigations-discovery/hospitalization-death-by-race-ethnicity.html>>.

la pandemia.^[9] Como expresara Priscilla Borkor, una trabajadora social que se unió a las protestas en Brooklyn: «Nos está matando o bien el COVID-19, o los policías o la economía».^[10]

Adicionalmente, hay un aspecto que particularmente resalta en el devenir entre el pasado y el presente: la extrema militarización de las fuerzas de seguridad interna. La misma comenzó con la retórica de «la ley y el orden» de Richard Nixon en 1968, una clara reacción a la movilización de las décadas de 1950 y 1960. Si bien se acentuó exponencialmente en los últimos 20 años, luego de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, ya durante el gobierno de Bill Clinton se apuntó a militarizar el accionar policial. Gracias al «Programa 1033» del Pentágono, creado luego de la sanción de la ley de Autorización de Defensa Nacional (1997), organismos de seguridad interna comenzaron a acceder, cada vez en mayor medida, a armas y tecnología del Departamento de Defensa desarrollada en términos de conflicto bélico contra enemigos externos. Ello dio lugar a una transferencia de \$ 5.1 mil millones del Departamento de Defensa a las fuerzas del orden locales. Entre 1998 y 2014, el gasto de los departamentos de policía en insumos militares se disparó de \$ 9.4 millones a \$ 796.8 millones.^[11] Sumado a ello, las fuerzas policiales cuentan con protecciones legales contra actos de abuso y violencia. En 1982 la Corte Suprema concluyó en *Harlow v. Fitzgerald* que la policía, siendo funcionarios públicos, gozan de «inmunidad calificada», una doctrina que brinda a empleados federales y estatales una amplia y cuasi ilimitada protección contra su accionar en el ejercicio del cargo. Esto se vio ratificado en una sentencia posterior de 1986 (*Malley v. Briggs*) en la que la Corte clarificó que la inmunidad calificada «brinda amplia protección a todos, excepto a los simplemente incompetentes o

[9] Derek Major, «Black unemployment rate more than doubles to 16.7% in April», *Black Enterprise* (2020), disponible en <<https://www.blackenterprise.com/black-unemployment-rate-more-than-doubles-to-16-7-in-april/>>.

[10] Alex Altman, «Why The Killing of George Floyd Sparked an American Uprising», *Time* (2020), disponible en <<https://time.com/5847967/george-floyd-protests-trump/>>.

[11] Brian Miller, «The Militarization of America's Police: A Brief History», *Foundation for Economic Education* (2019), disponible en <<https://fee.org/articles/the-militarization-of-americas-police-a-brief-history/>>.

aquellos que a sabiendas violan la ley».^[12] En 2009, esta doctrina fue reforzada cuando se establecieron criterios para desestimar argumentos sobre la ilegalidad del accionar del funcionario o la violación de derechos civiles o constitucionales.

Esta sobrefinanciación, militarización e impunidad de las fuerzas policiales creció al ritmo de la evolución de la idea de «restablecer la ley y el orden» de los años setenta, las bipartidarias «guerra contra las drogas» de los años ochenta y noventa, la «guerra contra los opioides» y la lucha contra el terrorismo de los años 2000, en las que la constante es la criminalización de la protesta y de la pobreza. Por su parte, la administración Trump restableció un programa del Pentágono para enviar excedentes de equipos militares a las fuerzas policiales; ordenó desestimar protocolos de consentimiento establecidos por la gestión de Barack Obama para supervisar el accionar de departamentos de policía locales acusados de abusos y violaciones a los derechos civiles, y se frenó un programa que apuntaba a reformar los departamentos de policía.^[13] Esta conjunción de factores derivó en el fortalecimiento de un sistema que, con el fin legal de la segregación racial, dedicó 50 años a perfeccionarse en la práctica de exonerar victimarios y criminalizar víctimas tanto por su identidad racial como por su condición de clase. Así, lo que vimos en las calles fue –en palabras de Keeanga-Yamahtta Taylor– «la convergencia de una rebelión de clase en cuyo centro se hallan el racismo y el terrorismo racial».^[14]

5.3 Racismo, raza e ideología racial en el discurso trumpista

Bonilla Silva ha notado que desde que Trump apareció en escena, muchos sucumbieron a la vieja tentación de explicar el racismo,

[12] Ian Millhiser, «Why police can violate your constitutional rights and suffer no consequences in court», *VOX* (2020), disponible en <<https://www.vox.com/2020/6/3/21277104/qualified-immunity-cops-constitution-shaniz-west-supreme-court>>.

[13] Altman, «Why The Killing of George Floyd Sparked an American Uprising», op. cit.

[14] Keeanga-Yamahtta Taylor, «A Class Rebellion: Keeanga-Yamahtta Taylor on How Racism & Racial Terrorism Fueled Nationwide Anger», *Democracy Now!* (2020), disponible en <https://www.democracynow.org/2020/6/1/keeara_yamahtta_taylor_protests_class_rebellion>.

en tanto sistema de prácticas y creencias que provee de racionalizaciones que determinan interacciones y dinámicas sociales entre grupos étnicos, como un problema de los «racistas», propio de los trabajadores rurales blancos sureños de bajos niveles educativos. El problema, afirma, es que esta caracterización entiende el problema racial de Estados Unidos como una cuestión de unas «pocas manzanas podridas», y no de un «árbol podrido». «Centrarnos en “los racistas” nos impide abordar analíticamente y políticamente las prácticas, mecanismos, instituciones y comportamientos colectivos que reproducen la dominación racial»,^[15] a lo que –agregamos– se desestima que blancos de clase media y alta, con niveles de educación superior, adhieren fervientemente al discurso trumpista.

¿Cuál es entonces el común denominador? El hecho de que Trump ha basado tanto su discurso como sus políticas en una «plataforma de supremacía simple y pura».^[16] La misma incluye diferentes elementos que consideran tanto cuestiones socioeconómicas, como políticas, histórico-culturales, ideológicas e identitarias.

En primer lugar, la noción de ciudadanía, tanto desde la perspectiva de los derechos (civiles, políticos y sociales) asociados a la misma, como de los privilegios de pertenecer al conjunto formado por los miembros de una nación. El trumpismo defiende una noción de «americanismo» restrictiva, excluyente y definida en términos raciales (cuyos caracteres identificatorios son la condición de ser blanco, de ascendencia anglosajona y de profesar la religión protestante) y político-económicos (conservadores de derecha procapitalistas). Todo lo que se encuentre por fuera de este espectro es racializado en términos de «foráneo», antiestadounidense y antipatriótico, una amenaza y un peligro para el conjunto social. Así, la lógica detrás de la prohibición del ingreso a Estados Unidos de inmigrantes de siete países de mayoría musulmana y para refugiados de todo el mundo como una de las primeras decisiones políticas de su mandato, los constantes ataques a funcionarios –particularmente mujeres– como las demócratas Ilhan Omar (la

[15] Eduardo Bonilla-Silva, «Racists, Class Anxieties, Hegemonic Racism, and Democracy in Trump’s America», *Social Currents*, vol. 6, n.º 1 (2019), págs. 14-23, pág. 17.

[16] Carol Anderson, *How Trump Fueled Racism*, 2020, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=9mbZunxUY8w&ab_channel=HuffPost>.

primera persona de origen somalí y primera mujer de confesión musulmana que logró un escaño en la Cámara de Representantes), la palestino-estadounidense Rashida H. Tlaib y la representante de familia puertorriqueña Alexandria Ocasio-Cortez, su violenta retórica anti-inmigratoria, y la criminalización y estigmatización de las comunidades latina, asiática y de origen africano se nos presenta como una clara evidencia de ello.

Es importante señalar que el racismo en el discurso de Trump no es ni reciente ni exclusivo del personaje. Haciendo un poco de memoria nos encontramos con que, en la década de 1970, el Departamento de Justicia debió demandar a la Corporación Trump por hacer lo que históricamente habían hecho incontables agentes inmobiliarios antes y después que él: negarse a alquilar propiedades a personas negras. Esta práctica, conocida como *redlining*, implica la negación sistémica de servicios esenciales (financieros, de acceso a la salud, de acceso a la vivienda, educativos, alimenticios, etcétera) a determinados colectivos por parte de agencias del gobierno federal, gobiernos locales y el sector privado, en forma directa o a través del aumento selectivo de precios.^[17] Años después, en 1989, luego de que una mujer blanca fuera violada en el Central Park de la ciudad de Nueva York, Trump sacó una solicitada en los principales periódicos locales en la que exigía la pena de muerte para los *Central Park Five*, los cuatro adolescentes negros y el joven latino inicial e injustamente acusados por la fiscalía, en lo que fue uno de incontables casos de racismo en el sistema de justicia penal de finales del siglo XX. Trump los continuó atacando incluso después de que pruebas de ADN demostraran su inocencia y fueran exonerados, y en fecha tan reciente como octubre de 2016 aún los trataba de culpables.^[18] En 1991, John O'Donnell, ex presidente del Trump Plaza Hotel and Casino en Atlantic City, reprodujo una frase de Trump en un libro de su autoría (*Trumped! The Inside Story of the Real Donald Trump—His Cunning Rise and Spectacular Fall*) cargada

[17] Richard Rothstein, *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America*, Londres: Liveright Publishing Corporation, 2017.

[18] Matt Fernet, «Donald Trump Still Thinks the Central Park Five Are Guilty (They Aren't)», *Huffpost* (2016), disponible en <https://www.huffpost.com/entry/donald-trump-central-park-five_n_57f7ceafe4b0e655eab3c002>.

de culturalmente aceptados prejuicios raciales. En referencia a su contador, dijo: «¡Negros contando mi dinero! Lo odio. Las únicas personas que quiero que cuenten mi dinero son los petisos que usan kipá... Creo que el tipo es un vago. Y probablemente no sea su culpa, porque la pereza es un rasgo de los negros. Realmente lo es, lo creo. No es nada que puedan controlar». En 1997, en una entrevista para la revista *Playboy*, Trump afirmó: «lo que O'Donnell escribió sobre mí probablemente sea cierto».^[19] Y ya en los años 2000, se sumó a una colectiva obsesión con la partida de nacimiento de Barack Obama.

El *Birther movement*, del que Trump fue uno de sus grandes voceros y promotores, sostenía que Obama no había nacido en territorio estadounidense (Hawái) sino en Kenia, de donde era originario su padre biológico. Su condición de «extranjero» lo hacía ilegible para el más importante cargo de gobierno, por lo que su elección había sido un fraude. Además de reclamar incesantemente que «mostrara su partida de nacimiento», para luego denunciar su fraudulencia, lo «acusaron» de profesar la religión musulmana y – como consecuencia directa – de mantener contactos con la organización terrorista Al Qaeda. Así, los elementos que conformaron el *Birtherismo* –la creencia de que el derecho de ciudadanía está dado en virtud tanto del *jus soli* (derecho de nacimiento por territorio) como del *jus sanguinis* (derecho de nacimiento por nacionalidad de los padres)–^[20] se construyeron en base a criterios identitarios sobre quién pertenece a Estados Unidos y quién no, y quien tiene derecho a disfrutar de los privilegios de pertenecer.

Esta racialización de la noción de ciudadanía y pertenencia tiene un carácter excluyente y es una construcción que se remonta a la época de la colonia. En 1662, la colonia de Virginia, en aras de reforzar la correlación entre esclavitud y condición racial y preservar así la «pureza» de la clase de plantadores esclavista, estableció lo que dio en llamarse *one-drop rule*. Esta «regla de una

[19] Mark Bowden, «The Art of the Donald: The Trumpster Stages the Comeback of a Lifetime», *Playboy* (2016), disponible en <<http://web.archive.org/web/20180401145442/https://www.playboy.com/articles/the-art-of-the-donald>>.

[20] Matthew Hughey, «Show Me Your Papers! Obama's Birth and the Whiteness of belonging», *Qual Sociol*, n.º 35 (2012), págs. 163-181.

gota» instituyó que cualquier persona con sangre «mixta» (blanca y negra) heredaría la condición racial y jurídica de la madre. Esta ley fue pensada estrictamente para definir la situación de la descendencia de plantadores blancos y mujeres esclavizadas negras, en general producto de violaciones y relaciones sexuales forzadas. Con este precedente, en 1664 la colonia de Maryland aprobó una ley que determinó la condición de «esclavo de por vida», igualmente siguiendo la línea materna. Dos décadas después, una ley de 1682 convirtió en esclavos a todos los sirvientes no-cristianos importados. Dado que solo indígenas y africanos encajaban en esta descripción y que en 1667 se había establecido, ya que la conversión al cristianismo no modificaba la condición de persona esclavizada, esta ley reforzó el desarrollo de la esclavitud sobre un fundamento «racial» (en este caso, religioso). Fue debido a legislaciones de este tipo que indígenas y negros pasaron a ser considerados como parte de una misma «clase» de personas. Posteriormente, en 1691 se ilegalizó la liberación o emancipación de personas esclavizadas, y simultáneamente se autorizó la captura y venta en calidad de esclavo de todos los negros, mulatos e indígenas emancipados. Hacia 1705, la colonia de Virginia definió a cualquier «hijo, nieto o bisnieto de un negro» como mulato, categoría que hacia mediados del siglo XIX cayó en desuso. Ese mismo año, una ley prohibió a las personas esclavizadas poseer bienes personales y transformó a los negros esclavizados en «propiedad heredable», equiparable a otros bienes muebles e inmuebles. Seguidamente, en 1790, una ley limitó el derecho de naturalización solo a «personas blancas libres» de «buen carácter moral», excluyendo a libertos, esclavos, y más adelante, inmigrantes de origen asiático;^[21] y en 1792 se

[21] Se sancionaron leyes que limitaron y luego prohibieron la inmigración de trabajadores chinos y japoneses; se cuestionó por motivos raciales la conveniencia de la inmigración del sur y este de Europa, se sancionó la primera ley antimestizaje (1905) que prohibió las uniones entre «caucásicos» y «mongólicos» (un término lo suficientemente vago como para englobar a inmigrantes provenientes de Asia), y en la década de 1920 se aprobaron leyes inmigratorias que establecieron un sistema de cuotas basado, en parte, en creencias acerca de las características innatas de diversas poblaciones. Asimismo, se aprobaron leyes que prohibían a los mexicano-estadounidenses asistir a escuelas blancas, acceder a determinados puestos de trabajo y poseer tierras.

sancionaron las primeras leyes segregacionistas específicamente dirigidas a negros libres. Gradualmente, a estos últimos se les vedó el ejercicio del poder político, de adquirir tierras o propiedades, ejercer ciertas actividades económicas, oficios y profesiones o de servir en la milicia.

Mientras los negros libres perdían derechos adquiridos y la negritud se asociaba cada vez más a la esclavitud (reforzando el sistema de esclavitud racial) y a las condiciones que aparejaba, los blancos adquirieron ciertos «privilegios» que claramente comenzaron a asociar con su «condición de ser blancos». En 1866 se decretó que «toda persona con una cuarta parte o más de sangre negra» sería considerada persona de color. En 1910 el porcentaje cambió a 1/16, y en 1924, con la sanción de la *Racial Integrity Act* de Virginia, se definió que una persona negra era aquella con cualquier rastro de ascendencia africana.^[22] Todo esto estableció una forma legal y cultural de pensar la ciudadanía y el ejercicio de los derechos.

Fue así que tanto durante la era de la esclavitud como en los años del sistema de segregación racial conocido como Jim Crow (1876-1965), se instauró la práctica de exigir documentación que certificara la condición jurídico-legal de los no-blancos. Desde documentos de manumisión que evidenciaran la «pertenencia» de las personas esclavizadas a sus propietarios, hasta papeles que validaran la «condición de libre» de ese 10 por ciento de la población afrodescendiente que gozaba de esa situación. Sin la posesión de tales documentos, cualquier blanco –funcionarios o no– estaba facultado por ley («ley de esclavos fugitivos» de 1783 y posteriormente la de 1850) para capturar a cualquier no-blanco «sospechoso» de ser un esclavizado fugitivo.^[23] Luego de la Guerra Civil (1861-1864) y la emancipación (1865), la sanción de los *Black Codes* llevó a un incremento del pedido de documentación de «ciudadanía racializada», sin la cual los no-blancos se vieron obligados a pagar impuestos de capitación y/o aprobar pruebas de alfabetización como precondition para ejercer sus derechos políticos y electorales. Incluso con la documentación, la aprobación de tales pruebas y

[22] Carbone, *Una historia del movimiento negro estadounidense (1968-1988)*, op. cit., págs. 32-33 y 46.

[23] Hughey, «Show Me Your Papers! Obama's Birth and the Whiteness of belonging», op. cit., pág. 166.

el pago de los impuestos, muchos afrodescendientes enfrentaron denuncias de que los documentos eran falsos, se les pedía que proporcionaran documentación adicional, fueron amenazados y aterrorizados por grupos supremacistas como el Ku Klux Klan, y las turbas de linchadores tan comunes de la era de Jim Crow.^[24] Esta es la línea que sigue el *birtherismo* de la era «pos-derechos civiles» (1965-presente). En abril de 2010, el estado de Arizona aprobó una ley conocida como *Show me your papers law* que –con reminiscencias de la ley de esclavos fugitivos– otorga a la policía local y estadual amplias prerrogativas para detener a cualquier persona «sospechosa de ser un residente indocumentado en Estados Unidos».^[25] Esto mismo hizo el Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) a lo largo y ancho del país, y con especial impunidad durante la presidencia de Trump.

El *birtherismo* estuvo lejos de ser una corriente marginal. Se convirtió en una poderosa arma retórica de referentes de la derecha como Newt Gingrich, Rush Limbaugh, Bill O'Reilly, Andrew C. McCarthy, Sean Hannity y Lou Dobbs, de medios de comunicación como el *National Review* y Fox News, y en un caballito de batalla del Partido Republicano (no solo del *Tea Party*) durante diez años. Para las elecciones presidenciales de 2012, el precandidato republicano Mitt Romney dio un discurso en Michigan en el que afirmó: «Me encanta estar aquí en casa, en este lugar donde [mi esposa] Ann y yo crecimos, donde nacimos los dos. Nadie nunca me ha pedido mi partida de nacimiento; saben que este es el lugar donde nacimos y crecimos».^[26] Considerando que el padre de Romney, George Romney, era oriundo de una comunidad mormona de Chihuahua (México), es probable que haya sido su «condición de ser blanco» la razón por la cual nadie puso en duda su certificado de nacimiento, su derecho de ciudadanía o su «americanismo». Años

[24] Eric Foner, *A Short History of Reconstruction*, Nueva York: Harper and Row, 1990.

[25] American Civil Liberties Union (ACLU), «SUPREME COURT REINSTATES ARIZONA “SHOW ME YOUR PAPERS” LAW, BUT STRIKES DOWN THREE OTHER PROVISIONS OF ANTI-IMMIGRANT MEASURE», 25 de junio de 2012.

[26] Adam Serwer, «Birtherism of a nation», *The Atlantic* (2020), disponible en <<https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2020/05/birtherism-and-trump/610978/>>.

después, el *birtherismo* volvió a manifestarse en todo su esplendor cuando se anunció que la senadora Kamala Harris, de ascendencia afroasiática, sería la compañera de fórmula de Joe Biden por el Partido Demócrata y luego con las denuncias de «ilegitimidad» de selectivos votos –de distritos mayoritariamente negros y latinos que votaron por el Partido Demócrata– en la elección presidencial de noviembre de 2020.

Como anticipamos, un elemento no menor de esta ideología lo constituye la orientación política. Adam Serwer observa que, si bien el *birtherismo* no fue capaz de impedir ni la elección ni la reelección de Obama, si resultó efectivo «como explicación de sus políticas. En 2010, el escritor conservador Dinesh D’Souza escribió en la revista *Forbes* que el progresismo de Obama era, en realidad, “una forma de izquierdismo radical transmitido a través de su padre ausente”».^[27] La sugerencia de que los «verdaderos norteamericanos» lejos están de promover políticas progresistas o de izquierda es implícita. Parte central del discurso trumpista lo constituye el vapuleo a los progresistas en términos políticos (*the libs*), a los que luchan en pro de la expansión de derechos sociales y económicos cuyos reclamos, entienden, atentan contra las identidades de género tradicionales y la supremacía blanca protestante en la vida económica y cultural estadounidense,^[28] e incluso a los partidarios de movimientos expresamente antifascistas (*Antifa*). Un informe de 2018 del Congressional Research Service – una oficina del Congreso de Estados Unidos que hace investigación y análisis de políticas y cuestiones legales para la Cámara Baja y el Senado– definió «Antifa» como una tendencia cuyos seguidores «se oponen a las opiniones de personas que consideran fascistas o supremacistas blancos. Se ven como parte de una tradición de protesta que se remonta a grupos de oposición en la Alemania nazi y la Italia

[27] *Ibidem*.

[28] Uno de los principales objetos de ataque en este sentido son las políticas y programas de acción afirmativa y de «mejora de las relaciones raciales». Según este discurso, las mismas son «racistas» porque continúan promoviendo las diferencias entre individuos y grupos sociales en una era «posracial», atentando así contra los mecanismos meritocráticos del progreso individual.

fascista».^[29] Sin embargo, para el trumpismo, «Antifa» es sinónimo de grupos paramilitares, «agitadores militantes de izquierda que han sido descritos por altos funcionarios de la administración Trump como terroristas nacionales».^[30] El nuevo enemigo interno socialista y comunista. En esta línea, incluso, se instauró entre ciertos círculos lo que dio en llamarse el *Ferguson effect*, la idea de que los índices de criminalidad y las tasas de delitos violentos se han disparado en lugares donde «Antifa» lidera protestas contra la injusticia racial y la brutalidad policial.^[31] Y Trump capitalizó esta «teoría» a lo largo de su presidencia.

Si bien, como en la era de los derechos civiles, la mayoría de las protestas del BLM de 2020 han sido pacíficas, esta no es el relato que se ha promovido tanto desde el gobierno federal como de gobiernos estatales, sobre todo encabezados por gestiones republicanas, aunque los demócratas no están exentos. En varios casos fueron gobiernos demócratas las que ordenaron el avance de las fuerzas policiales y de la guardia nacional, el uso de la fuerza pública y las detenciones masivas para reprimir protestas y movilizaciones. El Armed Conflict Location and Event Data (ACLED), una organización que se dedica a rastrear y monitorear episodios de violencia política y conflictos en todo el mundo, analizó las protestas relacionadas con el movimiento negro estadounidense iniciadas en mayo de 2020. En su informe final publicado en septiembre de 2020 reveló que el 95 % de las protestas y manifestaciones habían sido pacíficas, y que el 5 que habían derivado en episodios de violencia o disturbios, la mayoría habían sido incitados por fuerzas policiales o grupos supremacistas.^[32] A pesar de ello, el

[29] Lisa Sacco, *Antifa-Background*, Washington, DC: Congressional Research Service, 2018.

[30] Betsy Woodruff-Swan, «DHS draft document: White supremacists are greatest terror threat», *Politico* (2020), disponible en <https://www.politico.com/amp/news/2020/09/04/white-supremacists-terror-threat-dhs-409236?__twitter_impession=true>.

[31] Dara Lind, «The “Ferguson effect”, a theory that’s warping the American crime debate, explained», *Vox* (2016), disponible en <<https://www.vox.com/2016/5/18/11683594/ferguson-effect-crime-police>>.

[32] ACLED, *Demonstrations and political violence in America: New data from summer 2020*, 2020, disponible en <<https://acleddata.com/2020/09/03/>>.

discurso que se ha instalado desde arriba –tanto desde las autoridades gubernamentales como de los departamentos de policía y los medios de comunicación–, es que estas protestas son no solo violetas por naturaleza, sino que apuntan a la destrucción de la propiedad privada, instaurar la anarquía y promover la violencia racial.

Otra conclusión del informe es que las autoridades gubernamentales tienen una mayor inclinación a intervenir (apelando al uso gases lacrimógenos, balas de goma y gas pimienta, o directamente reprimiendo a los manifestantes) en las protestas del BLM que en otras manifestaciones como, por ejemplo, las de agrupaciones supremacistas de extrema derecha.^[33] El accionar de estos grupos, que han hecho numerosos mítines portando armadas y vociferando amenazas contra otros colectivos, y la pasividad de la respuesta gubernamental ha estado en consonancia con el mensaje emanado de la Casa Blanca. Trump se ha negado expresamente a condenar los actos perpetrados por grupos como los Proud Boys o los Boogaloo Boys, grupos neonazis y del mismo Ku Klux Klan, cuyo histórico líder, David Duke, afirmó enfáticamente que Trump los había «empoderado».^[34]

Para Trump el accionar de grupos supremacistas es moralmente equivalente al de manifestantes que se oponen al racismo y la violencia racial (incluso los simbólicos actos de desobediencia civil de jugadores que se arrodillaron en eventos deportivos mientras sonaba el himno nacional, como expresión de protesta contra el racismo). Esto llevó a que en el año de su asunción, los crímenes «de odio racial» aumentaran un 17%.^[35] Si bien fue la elección de Obama en 2008 la que disparó la conformación de «grupos de odio» (anti-inmigrantes, anti-LGTBIQ+, antimusulmán, supremacistas

demonstrations-political-violence-in-america-new-data-for-summer-2020/>.

[33] *Ibidem*.

[34] Joan Faus, «David Duke, ex líder del Ku Klux Klan: “Trump nos ha empoderado”», *El País* (2017), disponible en <https://elpais.com/internacional/2017/08/19/estados_unidos/1503174397_882413.html>.

[35] Michael Balsamo, *FBI Report Shows 17 Percent Spike in Hate Crimes in 2017*, 13 de noviembre de 2018, disponible en <<https://apnews.com/article/e5e7bb22f8474408becd2fcdc67f284e>>.

blancos, neoconfederados, neonazis, *skinheads*, de supremacía masculina), registrándose un aumento de 884 (2007) a 932 (2009),^[36] el año de la campaña electoral de Trump registró otro pico –de 892 (2015) a 917 (2016) –, para volver a aumentar el año de las elecciones legislativas de 2018 (1020). Esto responde a que hay una necesaria e innegable correlación entre la retórica de referentes y líderes políticos, y el consiguiente incremento en crímenes motivados por el odio.^[37] Muchos analistas consideran que su disminución en lo que sería el último año de su presidencia (838) respondió no solo a un sentimiento de «empoderamiento», sino de legitimación institucional que se canalizaría a través del voto de más de 70 millones de personas, tal como sucedió en otros períodos de la historia estadounidense en los que el racismo, la segregación y la discriminación racial eran tanto la norma cultural, como la base legal de la organización social. Otros consideran que dicha disminución es «ficticia», ya que muchos grupos están transformando sus formas de organización, optando por migrar a plataformas virtuales, lo que hace que sea mucho más difícil el monitoreo de sus actividades. Según el Southern Poverty Law Center, «las plataformas virtuales permiten a las personas interactuar con grupos de odio y organizaciones antigubernamentales sin convertirse en miembros, mantener conexiones con personas de ideas afines y participar en acciones reales, como el asedio al Capitolio de Estados Unidos».^[38]

Un último aspecto que proponemos abordar en esta caracterización de la ideología racial del trumpismo es el académico, corporizado en la arremetida contra la investigación y educación de lo que se ha dado en llamar «teoría crítica de la raza» (*Critical Race Theory*). El CRT es un marco teórico-conceptual que tomó forma

[36] Los datos que se presentan a continuación son tomados de *Southern Poverty Law Center* (SPLC), «Hate Map». Disponible en <https://www.splcenter.org/hate-map>.

[37] Michael Kunzelman y Astrid Galvan, *Trump words linked to more hate crime? Some experts think so*, 2019, disponible en <<https://apnews.com/article/az-state-wire-tx-state-wire-race-and-ethnicity-el-paso-caribbean-7d0949974b1648a2bb592cab1f85aa16>>.

[38] AP [Associated Press], «US hate group numbers decline but online organizing has strengthened, report finds», *The Guardian* (2021), disponible en <<https://www.theguardian.com/us-news/2021/feb/01/us-hate-groups-decline-online-organizing-strengthened-report>>.

hacia finales la década de 1970 para revisar críticamente los sesgos, intereses y planteos ideológicos de los paradigmas de conocimiento organizados en torno a la cultura blanca, euro-occidental, burguesa, cristiana protestante, heterosexual y masculina, apuntando a desestructurar el racismo sistémico al que estos han dado lugar. Según Jonathan Furner, la CRT busca erradicar la injusticia racial no solo revelando su naturaleza sistémico-institucional, sino enfocándose en acciones y modelos antiracistas que busquen revertir estas prácticas «desde un triple compromiso: compromiso epistemológico con la construcción social (de conceptos como la raza), compromiso ético con la justicia social, y compromiso metodológico con acciones radicales de tipo práctico e intelectual».^[39]

La CRT tiene una visión crítica del funcionamiento de sistemas socio-políticos y económicos que se organizan en base a la idea de que el poder debe estar en manos de un grupo con determinadas características, y que otros grupos deben ser excluidos o marginados del orden social por su raza, género, identidad u orientación sexual, clase o discapacidad. Kimberlé Crenshaw, una de las académicas iniciadoras de esta corriente intelectual, afirma que la CRT

«(...) es una práctica, una forma de ver cómo la ficción de la raza se ha traducido en desigualdades raciales concretas. La discriminación racial, la segregación, las leyes contra el mestizaje y muchas otras prácticas fueron legales hasta el día en que fueron derogadas, creando desventajas y privilegios que continúan perviviendo en toda nuestra sociedad hasta el día de hoy. [CRT] es un enfoque para lidiar con una historia de supremacía blanca, que rechaza la creencia de que lo pasado debe quedar en el pasado, y que las leyes y los sistemas que surgen de ese pasado están separados de él».^[40]

La CRT ha permitido examinar cómo se manifiesta y reproduce el racismo institucional y ha visibilizado la persistente segregación en la vivienda, la discriminación en el otorgamiento de préstamos

[39] Cita tomada de Daniel Martínez Avila *et al.*, «Aplicación de la Teoría Crítica de Raza en la organización y representación del conocimiento», *Scire*, vol. 21, n.º 2 (2015), págs. 27-33, pág. 29.

[40] Cady Lang, «President Trump Has Attacked Critical Race Theory. Here's What to Know About the Intellectual Movement», *Time* (29 de septiembre de 2020), disponible en <<https://time.com/5891138/critical-race-theory-explained/>>.

financieros, las prácticas discriminatorias en el mercado laboral y en el acceso a la educación y la salud; además de complejizar temas y ofrecer conceptos que han permitido abordar el racismo y la inequidad, tales como «privilegio blanco», «racismo internalizado», «interseccionalidad», «microagresiones», «antiracismo», «universalismo dirigido», entre otros.

En 2020, en el contexto de las movilizaciones de protesta por el asesinato de Floyd y las discusiones sobre racismo estructural, desigualdad y justicia racial que alcanzó la agenda pública, la administración Trump dio instrucciones a la Office of Management and Budget (OMB) para que ministerios y agencias gubernamentales dejaran de financiar «anti-bias trainings» (capacitaciones antiseggo) basadas en la «teoría crítica de la raza». Según Trump, estos no eran más que «intentos por adoctrinar a los empleados del gobierno con ideologías divisivas y dañinas basadas en el sexo y la raza», un «lavado de cerebro» que «raya en el abuso psicológico», «completamente antitético a todo lo que los estadounidenses normales de cualquier color desearían enseñar a sus hijos».^[41] Para el ex presidente, esta «teoría racista y de izquierda», y por ende antiestadounidense, pregona que Estados Unidos es un país «sistemáticamente malvado», en lugar de «ayudar a los jóvenes a descubrir que Estados Unidos es la nación más grande, más tolerante y más generosa de la historia»,^[42] volviendo así a los lineamientos de las acrícticas escuelas patrióticas y del consenso.

Esto responde a la concepción que muchos republicanos y conservadores tienen de la teoría crítica de la raza. La ven como un intento por «reescribir la verdadera historia estadounidense», persuadiendo a la población de que los blancos son inherentemente racistas y «deberían sentirse culpables por los privilegios que otorga su condición»; y que conceptos tales como «privilegio blanco», «desigualdad», «inequidad» y «racismo sistémico» son objetables. En esta línea es que, aun con Trump fuera de la Casa Blanca, se han presentado numerosos proyectos de ley que tienen como objetivo

[41] Donald Trump, «A Plan to Get Divisive & Radical Theories Out of Our Schools», *RealClear Politics* (2021), disponible en <https://www.realclearpolitics.com/articles/2021/06/18/a_plan_to_get_divisive_radical_theories_out_of_our_schools_145946.html>.

[42] *Ibidem*.

prohibir la enseñanza de la teoría crítica de la raza en las escuelas primarias y secundarias estadounidenses. Los patrocinadores de un proyecto de ley en Idaho afirmaron que la CRT «intenta hacer sentir mal a los niños blancos». En Tennessee, los legisladores sostuvieron que «promueve el odio y la división». Y en Rhode Island directamente el proyecto de ley apunta a «prohibir la enseñanza de la idea de que Estados Unidos es fundamentalmente racista o sexista».^[43] En al menos ocho estados, todos liderados por republicanos, ya han prohibido o limitado la enseñanza de la teoría crítica de la raza o abordajes que planteen conceptualizaciones similares. Trump solo canalizó el cómo debe enseñarse o tratarse la problemática de la raza y el racismo en Estados Unidos, negándolo, censurando y condenando iniciativas antirracistas en el proceso.

Jonathan Chism, especialista en CRT, afirmó en una entrevista para NBC que la oleada de proyectos de ley presentados para censurar contenidos que tratan el «problema racial» es «alarmante», sobre todo considerando que la teoría crítica de la raza no se enseña en las escuelas primarias y secundarias, sino que se aborda mayormente en cursos universitarios de grado y posgrado. Así, lo que estos proyectos pretenden es catalogar «cualquier esfuerzo antirracista como teoría crítica de la raza». «Muchos de los que condenan la CRT no la han leído ni estudiado en profundidad. Estas iniciativas se basan en gran medida en el miedo: el miedo a perder poder, influencia y privilegios. El problema más amplio que se deriva de todo esto es el deseo de negar la verdad sobre Estados Unidos, sobre el racismo», restringiendo al mismo tiempo el currículo educativo, excluyendo temáticas sobre diversidad, inclusión, inequidad, desigualdad y racismo.^[44]

En su muy importante libro *The History of White people*, Nell Irvin Painter menciona en uno de sus pasajes que, ideológicamente, «hoy día, ser blanco no es lo que solía ser»^[45] y es eso lo que Trump y

[43] Char Adams, «How Trump ignited the fight over critical race theory in schools», *NBC News* (10 de mayo de 2021), disponible en <<https://www.nbcnews.com/news/nbcblk/how-trump-ignited-fight-over-critical-race-theory-schools-n1266701>>.

[44] *Ibidem*.

[45] Nell Irvin Painter, *The History of White People*, Norton, 2010, pág. 389.

el Trumpismo han puesto de manifiesto mientras se han convertido en adalides en la lucha por fortalecer una hegemonía en crisis.

Referencias

- ACLED, *Demonstrations and political violence in America: New data from summer 2020*, 2020, disponible en <<https://acleddata.com/2020/09/03/demonstrations-political-violence-in-america-new-data-for-summer-2020/>>, referencia citada en páginas 131, 132.
- ADAMS, CHAR, «How Trump ignited the fight over critical race theory in schools», *NBC News* (10 de mayo de 2021), disponible en <<https://www.nbcnews.com/news/nbcblk/how-trump-ignited-fight-over-critical-race-theory-schools-n1266701>>, referencia citada en página 136.
- ALTMAN, ALEX, «Why The Killing of George Floyd Sparked an American Uprising», *Time* (2020), disponible en <<https://time.com/5847967/george-floyd-protests-trump/>>, referencia citada en páginas 122, 123.
- ANDERSON, CAROL, *How Trump Fueled Racism*, 2020, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=9mbZunxUY8w&ab_channel=HuffPost>, referencia citada en página 124.
- AP [Associated Press], «US hate group numbers decline but online organizing has strengthened, report finds», *The Guardian* (2021), disponible en <<https://www.theguardian.com/us-news/2021/feb/01/us-hate-groups-decline-online-organizing-strengthened-report>>, referencia citada en página 133.
- BALSAMO, MICHAEL, *FBI Report Shows 17 Percent Spike in Hate Crimes in 2017*, 13 de noviembre de 2018, disponible en <<https://apnews.com/article/e5e7bb22f8474408becd2fcdc67f284e>>, referencia citada en página 132.
- BONILLA-SILVA, EDUARDO, «Color-Blind Racism in Pandemic times», *Sociology of Race & Ethnicity* (2020), págs. 1-12, referencia citada en página 121.
- «Racists, Class Anxieties, Hegemonic Racism, and Democracy in Trump's America», *Social Currents*, vol. 6, n.º 1 (2019), págs. 14-23, referencia citada en página 124.
- BOWDEN, MARK, «The Art of the Donald: The Trumpster Stages the Comeback of a Lifetime», *Playboy* (2016), disponible en <<http://web.archive.org/web/20180401145442/https://www.playboy.com/articles/the-art-of-the-donald>>, referencia citada en página 126.
- CARBONE, VALERIA, *Una historia del movimiento negro estadounidense (1968-1988)*, Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2020, referencia citada en páginas 118, 128.
- FAUS, JOAN, «David Duke, ex líder del Ku Klux Klan: "Trump nos ha empoderado"», *El País* (2017), disponible en <https://elpais.com/internacional/2017/08/19/estados_unidos/1503174397_882413.html>, referencia citada en página 132.
- FERNET, MATT, «Donald Trump Still Thinks the Central Park Five Are Guilty (They Aren't)», *Huffpost* (2016), disponible en <<https://www>>.

- huffpost.com/entry/donald-trump-central-park-five_n_57f7ceafe4b0e655eab3c002>, referencia citada en página 125.
- FONER, ERIC, *A Short History of Reconstruction*, Nueva York: Harper and Row, 1990, referencia citada en página 129.
- HUGHEY, MATTHEW, «Show Me Your Papers! Obama's Birth and the Whiteness of belonging», *Qual Sociol*, n.º 35 (2012), págs. 163-181, referencia citada en páginas 126, 128.
- JOSEPH, PENIEL, *Witnesses make a devastating case against Derek Chauvin and a history of injustice*, 1 de abril de 2021, disponible en <<https://edition.cnn.com/2021/03/31/opinions/derek-chauvin-trial-witness-testimony-joseph/index.html>>, referencia citada en página 115.
- KUNZELMAN, MICHAEL y ASTRID GALVAN, *Trump words linked to more hate crime? Some experts think so*, 2019, disponible en <<https://apnews.com/article/az-state-wire-tx-state-wire-race-and-ethnicity-el-paso-caribbean-7d0949974b1648a2bb592cab1f85aa16>>, referencia citada en página 133.
- LANG, CADY, «President Trump Has Attacked Critical Race Theory. Here's What to Know About the Intellectual Movement», *Time* (29 de septiembre de 2020), disponible en <<https://time.com/5891138/critical-race-theory-explained/>>, referencia citada en página 134.
- LIND, DARA, «The "Ferguson effect", a theory that's warping the American crime debate, explained», *Vox* (2016), disponible en <<https://www.vox.com/2016/5/18/11683594/ferguson-effect-crime-police>>, referencia citada en página 131.
- MAJOR, DEREK, «Black unemployment rate more than doubles to 16.7% in April», *Black Enterprise* (2020), disponible en <<https://www.blackenterprise.com/black-unemployment-rate-more-than-doubles-to-16-7-in-april/>>, referencia citada en página 122.
- MARTÍNEZ AVILA, DANIEL; MARCIO FERREIRA y JOSÉ MAGRO, «Aplicación de la Teoría Crítica de Raza en la organización y representación del conocimiento», *Scire*, vol. 21, n.º 2 (2015), págs. 27-33, referencia citada en página 134.
- MILLER, BRIAN, «The Militarization of America's Police: A Brief History», *Foundation for Economic Education* (2019), disponible en <<https://fee.org/articles/the-militarization-of-americas-police-a-brief-history/>>, referencia citada en página 122.
- MILLHISER, IAN, «Why police can violate your constitutional rights and suffer no consequences in court», *VOX* (2020), disponible en <<https://www.vox.com/2020/6/3/21277104/qualified-immunity-cops-constitution-shaniz-west-supreme-court>>, referencia citada en página 123.
- NACCD [National Advisory Commission on Civil Disorders], *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington DC, 1968, referencia citada en página 117.
- NCIRD [National Center for Immunization and Respiratory Diseases], *Center for Disease Control and Prevention*, 2021, disponible en <

- [discovery/hospitalization-death-by-race-ethnicity.html](#)>, referencia citada en página 121.
- PAINTER, NELL IRVIN, *The History of White People*, Norton, 2010, referencia citada en página 136.
- PERKINS, TOM, «Michigan: rightwing militia groups to protest stay-at-home orders», *The Guardian* (2020), disponible en <<https://www.theguardian.com/us-news/2020/may/13/michigan-rightwing-militia-groups-stay-at-home-protest>>, referencia citada en página 119.
- ROTHSTEIN, RICHARD, *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America*, Londres: Liveright Publishing Corporation, 2017, referencia citada en página 125.
- SACCO, LISA, *Antifa-Background*, Washington, DC: Congressional Research Service, 2018, referencia citada en página 131.
- SERWER, ADAM, «Birtherism of a nation», *The Atlantic* (2020), disponible en <<https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2020/05/birtherism-and-trump/610978/>>, referencia citada en páginas 129, 130.
- SUGRUE, THOMAS, «2020 no es 1968: para entender las protestas actuales, hay que retroceder más», *National Geographic* (2020), disponible en <<https://www.nationalgeographic.es/historia/2020/06/2020-no-es-1968-para-entender-las-protestas-actuales-hay-que-retroceder-mas>>, referencia citada en página 120.
- TAYLOR, KEEANGA-YAMAHTTA, «A Class Rebellion: Keeanga-Yamahtta Taylor on How Racism & Racial Terrorism Fueled Nationwide Anger», *Democracy Now!* (2020), disponible en <https://www.democracynow.org/2020/6/1/keeanga_yamahtta_taylor_protests_class_rebellion>, referencia citada en página 123.
- TRUMP, DONALD, «A Plan to Get Divisive & Radical Theories Out of Our Schools», *RealClear Politics* (2021), disponible en <https://www.realclearpolitics.com/articles/2021/06/18/a_plan_to_get_divisive_radical_theories_out_of_our_schools_145946.html>, referencia citada en página 135.
- WOODRUFF-SWAN, BETSY, «DHS draft document: White supremacists are greatest terror threat», *Politico* (2020), disponible en <https://www.politico.com/amp/news/2020/09/04/white-supremacists-terror-threat-dhs-409236?twitter_impession=true>, referencia citada en página 131.